

bre moderno: incapaz de desandar los pasos del camino que él mismo ha recorrido, y cuya meta no alcanza porque envuelve por entero su persona.

Ningún hombre puede durar entre cuatro paredes. Si, en virtud de alguna geometría en movimiento, encadenásemos su mirada a los muros de su prisión, moriría pronto de tener que soportar el peso aplastante de su espíritu. Mi experiencia de prisionero me ha fortificado. Libre, engendraría la extensión en la que creía desplazarme como un objeto. Inmóvil, he caído en la cuenta de que el golpeteo de mi corazón creaba sin descanso el espacio en el que tan a menudo había creído reconocer el escenario estereotipado de mi infancia. Si hubiese conservado mis piernas habría movilizado desde lejos la ladera frondosa de un sendero, y disuelto en el esfuerzo de la escalada, la sensación de que el latido de mi sangre distribuía sus relieves sobre la pendiente dócil de mi campo visual. Ahora capto mejor esa operación inconclusa que prosigue creyendo revivir recuerdos; invento sobre un modelo de otro tiempo un paisaje del que ignoro cuáles son las armas necesarias para llegar hasta él, pero en el que dejo pasar el tiempo avanzando a veces una página en blanco a través de los hijos consagrados a la operación mágica.

De este modo, durante mucho tiempo alimenté y traje al mundo versiones que denominaba recuerdos imaginarios.

Me encontraba tal como había sido, tal como era incluso a través de un pasado lleno de presencia, pero poblado de criaturas desconocidas a las que trataba de ahuyentar por completo, a aquéllas que –con el mismo derecho que yo– habían cobrado vida. La ilusión me proporcionaba placer, así que la prolongaba. Al perder sus auténticos personajes, esa ilusión enterraba mis pensamientos, que conocía sus nombres; así se aclaraba y se verificaba a costa de mi personaje actual, así, dislocándola, mi memoria se volvía poco más real que un recuerdo.

No me ha hecho falta mucha invención, ni carácter para rebajar cada vez más a esta pobre conciencia vacía que no dosificaba ya más que por antojo la parte de fabulación que un amigo de infancia, por ejemplo, habría denunciado en mi esfuerzo por seguir a mi corazón. Y se produce, en fin, un fenómeno que había podido prever. Compañeros, amigos nunca vistos se instalaban en mi pasado y llamándome a desempeñar un papel nuevo, liberaban al niño que fui. Ese niño ocupaba en el futuro el lugar que ellos habían dejado desierto para servir de acompañantes en mis años de juventud. Tras haberlo pensado, todo me pareció tan natural que apenas reparé en ello. Al recrear mi pasado en vez de hacerlo peregrinar, había prescindido del niño de mi infancia, como si lo hubiera purgado de la vida y le diera un lugar de nacimiento en un tiempo aún por venir. Solamente el temor a

revelar más de la cuenta me impide evocar los fragantes crepúsculos tan familiares que veo ensombrecerse silenciosamente en la tristeza del niño que tendrá mis ojos para verlos, y su visión de hoy para desesperanzarse. Lo escucho; escucho su voz en la mía. Tiene miedo, miedo de ese día luminoso de ojos yertos que se inclina sobre él y del que su visión interior no logra desasirse. Se asombra de existir y de esperar los días con el apego que siente hacia su pasado.

«Fui poeta», dice ocultando su frente entre los brazos de su hermana mayor. Era siempre de noche en el lugar donde me había acostado. Pero entraban luz, risas, voces. Mujeres felices aprendían a amar a sus ojos mirándome. Y, en cuanto volvían a la calle, no existía más que el día para ellas...

... ¿Por qué me temes? —dice mi madre. A medida que envejezco, más deseo olvidarlo todo. ¿Qué necesidad de convencerme de que mi vida era bella?

Tu vida crece viéndote desaparecer. Sus sombras están todas en tus ojos. Si ahora miraras tu vida, llorarías por no haber sido más que tú.

Y también yo, no he sido más que un lastre para mi vida. Aguardo el temible instante en el que la vida pasará sobre mí. Mi mirada habrá tomado el lugar de mis ojos. Me desvaneceré bajo el peso de esta evidencia; el ser es justicia. Todo lo que imaginé estéril contribuía a excluirme.

Necio; mi corazón quería palpitar desde el otro lado de la existencia, jugar a convertirse en el murciélago de la nada. Inútilmente, las visiones que no era capaz de controlar me devolvían al origen de las cosas...

Salía de prisión. No tenía sino a medias la conciencia de víctima; su dolor, no su resentimiento. Por eso no saben lo que hacen. Que mis semejantes me opriman; ignorándome a mí mismo cargué sobre mí todas sus culpas. Intentaba escapar de mi pasada obcecación, sin rastro de rencor contra ese otro «yo», y descendiendo, los ojos bajos, siempre más abajo sobre la escalera abrupta e interminable de este deambular subterráneo. Con la mano izquierda ayudé a una compañía invisible que se obstinaba en rozar, mientras bajaba, el eje de esta escalera de caracol, y no acariciando más que la superficie de los peldaños, mis pasos encontraban acomodo junto a ella, dejándose llevar por un parpadeo de alas *desaparecidas*.

De mi casa saldré con zapatos intactos. No hacía falta un sueño para saberlo, pero ese sueño tampoco era suficiente para recordármelo.

A lo largo de toda mi adolescencia y de mi corta juventud, presté gran atención a mis zapatos. Extraño apego que prefiguraba, quizás, la larga melancolía del vivir descalzo. Acaso un gusto fetichista que toda mi existencia expía, y que ni siquiera basta para expiarlo por completo, puesto que sueño con aguas diáfanas donde purificar mis pies desnudos.

Sin embargo, ¿no se trataría más de mí mismo que de mis zapatos? ¿Conocen mejor que yo el suceso que éstos esconden, y del que el azar me ha hecho prisionero?

Llegué a ser un auténtico oficial, pero sólo debo esta gracia al incomprendible esmero que puse en calzarme bien.

En Chivy, el 16 de abril de 1917, fui felicitado por haberme resistido, contra toda lógica, a la captura. El furor de mi defensa no había menguado al año siguiente y, en el monte Kemmel, para quitar a mis hombres las ganas de rendirse, los hice cómplices de un crimen. Disparé a un parlamentario alemán para forzarlo a defender no ya su libertad, sino el pellejo. Un mes después, en medio del peligro, dejé escapar la oportunidad de acabar la guerra tras las alambradas.

Y aquí estoy. Ninguna razón habría podido obligarme a avanzar hacia el frente enemigo sin mis botas. Más prudentes, más resignados, mis compañeros preparaban de antemano la parte del botín, y con polainas de cuero que el enemigo saqueaba en caso de captura, calzaban modestos zapatos que estaban seguros de conservar. Llevar, como yo, botas, era tentar al diablo, consentir la cruel alternativa de defenderse hasta la muerte, o de emprender semidescalzo la marcha del cautivo.

Todos los disparos que diezmaban mi pelotón rompían fuego en el momento humillante en el que debía abandonar mis botas bajo la mirada recelosa de los Mauser. Sin embargo, jamás subía al frente sin mis botas, y nunca llegué a comprender la razón que a ello me determinaba. *Los hechos son impenetrables. Ellos son el secreto de nuestra vida, pero no nuestro secreto: se ocultan tras el objeto que usan para fascinarnos.*

Unas botas de cuero rojo dispusieron mi suerte. Creía calzarlas por un deseo de elegancia y, sin embargo, ni siquiera las miraba. Tendido, después del impacto, sobre la lona de la tienda de campaña a la que me llevaron, creí verlas por primera vez: parecían rellenas de algodón, hinchadas de viento, adentrándose ya en una vida a la que no habría de seguir las. Con mi permiso, mi enfermera le haría después un regalo a su niño pequeño. Poco faltó para que aquéllas llevaran a este ingenuo al paredón. Las había, en efecto, calzado, no sin darse buenos argumentos, para continuar con las oscuras expediciones que un cambio en la situación política pronto identificó con actos criminales.

Botas, un traje de baño, una piedra color aceite pérfido. ¿Acaso llegamos a saber con qué parte de nuestro cuerpo vemos estas cosas, a través de qué oscura razón de nuestra historia?

El sueño es más real que la vida consciente porque el objeto ya no es nunca despreciado: el revólver, la aguja y el péndulo *resumen los aconte-*

cimientos que, sin ellos, no existirían. El acontecimiento y el objeto son aquí rigurosamente intercambiables, como en esos relatos perfectos y sentenciados en los que una habitación de hotel cuenta integralmente un crimen que la imaginación policial es incapaz de reconstruir sobre el terreno. Y, leyendo historias criminales o páginas de Raymond Roussel, sentimos el escalofrío del hombre que llega por medio de relaciones ficticias a la más exacta y la más necesaria de sus funciones.

*Traducción: Isidro Hernández**

** El texto que aquí presentamos pertenece al libro *La neige d'un autre âge*, de Joë Bousquet, publicado por Le Cercle du Livre en el París de 1952, en una edición de 2.300 ejemplares numerados. Para una mejor aproximación, el lector debería tener presentes las circunstancias aciagas que determinaron la vida y la escritura del poeta de Carcassonne. Bousquet nació el día 19 de mayo de 1897 en Narbonne (Aude). Tomó parte en la primera guerra mundial. Casi al final de la contienda, el 27 de mayo de 1918, fue herido por una bala que le atravesó los pulmones y le rompió una vértebra, quedando paralítico para el resto de su vida. En 1924 entró en contacto con el grupo surrealista e intervino activamente en casi todas las publicaciones de la época. Después de la aparición de su primer libro, *La Fiancée du vent*, muchos intelectuales se trasladaron a Carcassonne para conocerle personalmente: Paul Valéry, André Gide, Jean Cassou y Paul Éluard, entre otros. Fue nombrado presidente del Comité de Intelectuales de Aude. Falleció en 1950. La mayor parte de las voces críticas que se han interesado por la obra de Joë Bousquet han coincidido en estimar su poesía como el fruto de un lenguaje que no puede comprenderse sino bajo la forma de un cierto «milagro». En ella convergen toda una serie de revelaciones que escapan al sentido lógico de la realidad, y que no son otra cosa que el testimonio de una enigmática emanación interior. En efecto, los recuerdos, el erotismo, las apariciones o los sueños fueron la única realidad posible –de vida, de poesía– para Joë Bousquet.*